CAPÍTULO I. *De cómo crió Dios al mundo para mostrar su poder y grandeza en su creación*

S EL MUNDO (como dice el Filósofo)[1] una trabazón de cielo y tierra, y las demás cosas que en cielo y tierra hay, cuya naturaleza se incluye en esas mismas cosas; y declarando más esta definición, o por mejor decir esta descripción, añade otra y dice: El mundo es un orden y concierto de todas las cosas, es una disposición muy agradable, la cual de los dioses y por los dioses se conserva y guarda. Si bien consideramos estas palabras del Filósofo veremos que tiene razón de llamar trabazón, orden y concierto al cielo, tierra y elementos, que son tres cosas que incluyen y cogen dentro de sí todas las demás. Porque el que con ojos desapasionados quisiere mirarlo hallará que es un dibujo de la mano de Dios y un vivo retrato de su infinito poder y un traslado de su saber inmenso; y queriéndose aprovechar, según mi parecer, orígenes de estas palabras filosóficas, en el *Periarchon*,[2] dice: Este mundo, que ahora le llamamos mundo, es todo lo que es sobre los cielos y en los cielos y sobre la tierra y en aquellos lugares que se llaman inferiores y todos otros cualesquier lugares y todos los que en ellos están y viven; de manera que todo esto es llamado mundo. También San Isidoro, tratando de esta materia en el libro 3 de sus *Etimologías*, dice: Mundo es que consta de cielo, tierra y mar, astros y estrellas; y particularizando por qué se llama mundo, dice que porque está en continuo movimiento; porque sus elementos y cielo lo están.

Habiendo pues visto por lo referido, qué cosa es mundo, veamos agora su formación, la cual declara el mismo santo, en el lugar citado, diciendo: La formación del mundo está en que, así como se levanta, viene su mayor altura hacia la parte septentrional (que llamamos norte), así es declinado hacia la parte austral (que es el sur). Su cabeza y manera de rostro es la región oriental, que es la parte donde sale el sol; y su última y final parte es el occidente, por donde se desaparece el sol cuando cada día va siguiendo su curso. Éstas son las cuatro partes que tiene, en las cuales después dividiremos las gentes; sólo agora resta ver su ornato y graciosa vista.

Esto es muy claro y notorio porque, si levantamos los ojos al cielo, veremos aquellos lugares celestiales, morada cierta de los bienaventurados, donde por adorno de él, el hacedor de el mundo fijó los planetas y diversidad de estrellas tan resplandecientes y claras que alegran el alma, cuya diferencia tan admirable contemplaba San Pablo;[3] y después de haberla

[1] Lib. 1. de Coelo et Mundo.
[2] Origin. Periarch. lib. 2. cap. 9.
[3] 1. Cor. 15.

considerado y visto dijo, escribiendo a los corinthios: Una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la claridad de las estrellas; y aun entre las estrellas hay diferencia, porque una es más clara que otra. De manera que la composición del cielo es una disposición y traza maravillosísima. Pues si los volvemos a las cosas inferiores no menos nos maravillará ver su concierto; porque espanta a todo entendimiento su armonía y diferencia; porque si consideramos la naturaleza de los hombres y la diferencia que entre hombres y hombres hay, veremos unos bárbaros y otros griegos; de los bárbaros unos feroces, otros mansos y pacíficos. Unos que usan de leyes justas y aprobadas por buenas. Otros que no siguen esta equidad y justicia y las mezclan con aspereza y rigor. Otros que en lugar de leyes usan de costumbres más de bestias carniceras que de hombres de razón. Otros que desde que nacen, nacen para humildes y ser sujetos y servir a otros. Otros para ser señores y mandar. Unos que nacen enfermos y nunca sanan. Otros que no saben qué cosa es enfermedad, aunque vivan muchos años. Otros sordos, ciegos y mudos. Otros que oyen, ven y hablan. Pero ¿de qué me sirve revolver tantas cosas como en el mundo y entre los del mundo hay? Todo esto lo dejo a las historias que de ello tratan, de que tan lleno está el mundo. Y volviendo a nuestro intento es bien contemplar estas obras grandiosas de Dios, con que tiene compuesto este su alcázar y estalaje real, de cielo y tierra y elementos; y no importara decir de los animales mudos que rastrean por la tierra, ni de los que con alas surcan el aire y lo van cortando con admiración del entendimiento que los considera y los ve ir sin fijar los pies en nada (antes para aquello no los ha menester). Ni de los peces, cuya naturaleza es el agua, sustentándolos Dios en ella sin que se les ofrezca necesidad que allí no la satisfagan.

Pues todas estas cosas dichas no son las principales en consideración de la grandeza de Dios, sino las secundarias y consecuentes a las principales que hizo; porque todo esto era para hacer otra mayor que era el humanarse el verbo divino; porque todas las cosas que fueron hechas se hicieron en Cristo y por Cristo, como lo dice San Pablo.[4] De esta manera, porque por él y en él son criadas todas las cosas, así las que están en el cielo, como las de la tierra, visibles e invisibles, tronos, principados, potestades y dominaciones, todo fue criado en él y por él; y lo mismo dice San Juan,[5] en su evangelio por estas palabras: Todas las cosas fueron hechas en él y por él y sin él no fue hecho nada. Y el psalmista,[6] dijo: En la sabiduría hiciste, señor, todas las cosas, porque así como Cristo, en cuanto Dios, es verbo, así es sabiduría y también justicia. Y así se sigue, sin duda, que todas las cosas que en el verbo y sabiduría fueron hechas también por la justicia; y convino que fuesen por la justicia también, por quitar sospechas de pechos malos y cavilosos y porque no parezca nada que sea injusto, ni fortuito, sino que sean enseñados los hombres en que todo cuanto Dios hizo fue justo y según justicia. Y para esta materia

[4] Ad Rom. 11.
[5] Ioan. 1.
[6] Psal. 103.

basta lo dicho, por razón de que no hay ingenio, ni entendimiento que pueda alcanzar la grandeza y majestad con que Dios pintó y dibujó toda esta variación de cosas y diversidad de hechos maravillosos suyos; ni hay palabras con que se expliquen, si no es que el mismo Dios, el verbo divino, sabiduría del Padre, en quien se encierran todos los tesoros de su sabiduría inmensa, nos hace de ello manifestación. Y así, no confiados de nuestro poco saber, sino postrados a los pies de tan alta majestad, ni fiados de ninguna ciencia humana, sino de la general noticia que la vista nos administra, podemos dar a nuestra ánima ocasión de imaginar, en tanta armonía y concierto, con que Dios lo tiene todo puesto en orden y con que nos da ocasión de admirarnos y de que las manos atadas vengamos a confesar su poder y grandeza; ya que sin tener los antiguos noticia distinta, de quién fuese, viniesen a conocer por la vista de esta máquina mundial, la alteza de su omnipotencia, como lo dice San Pablo,[7] por estas palabras: Por las cosas que Dios hizo en lo visible vinieron a rastrear el poder de Dios y a conocerle; pues ésta es obra que Dios hizo para mostrar su grandeza y poder y para que los hombres, llevados de esta consideración, supiesen granjearle su voluntad por amor y temor que le tuviesen.

CAPÍTULO II. *Donde se confuta y reprueba el error de los antiguos que dijeron haber muchos mundos, y se prueba ser uno solo*

NGAÑADOS LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS de las cosas que veían y no enseñados en las cosas forzosas del conocimiento de Dios, tuvieron muchísimos errores, entre los cuales fue uno: persuadirse a que había muchos mundos. De esta opinión fueron Anaximandro, Leucipo y Demócrito y otros, cuyo parecer fue que las cosas se formaban y engendraban de los átomos (que son aquellas motas que se ven a los rayos del sol), como refiere Aristóteles en su *Phisica;*[1] y por esto porfiosamente afirmaban haber otros mundos más de este que agora tenemos. Porque decían que así como las cosas se formaban y engendraban de átomos, así los mundos serían muchos, porque de la misma manera que de veinte y tres letras se hacen infinitos libros y se componen muchas cosas por escrito, así también de estos mismos átomos se harían infinitos mundos. Parece favorecer esta opinión un dicho de San Clemente, discípulo del apóstol San Pedro que cita Orígines, en su *Periarchon,*[2] que dice: El mar océano no es navegable y aquellos mundos que están detrás de él se gobiernan y rigen por providencia del mismo Dios. También dice Plinio: Creer que hay infinitos mundos procedió de querer medir el mundo a pies, cosa de tanto atrevimiento para los hombres;

[7] Ad Rom. 1.
[1] Physic. 8.
[2] Orig. lib. 2. Periarch.